

Cuando nos planteamos realizar esta revista decidimos dedicar los tres primeros números a revisar el recorrido desarrollado por algunos países latinoamericanos en los últimos quince años. La elección del período estaba fundada en lo que consideramos que emergía en varios países de la región tras la crisis del modelo neoliberal y la posterior instalación de determinados gobiernos que, desde posicionamientos de centro izquierda, se encaminaban a reconstruir las respectivas economías, restaurar las estructuras del Estado y generar valores socioculturales contrastantes con los que el neoliberalismo había logrado instaurar y propagar durante su reinado. La tarea de estos nuevos gobiernos era ardua y de difícil concreción en el corto y mediano plazo. Varios factores se concatenaban para entorpecer cualquier intento inmediato y rápido de transformación. Los sucesivos planes económicos desarrollados en los años noventa, fundamentados en precisas pautas dirigidas a producir fuertes aperturas en los mercados nacionales, se articulaban con el relegamiento de la producción nacional y la prioridad otorgada a la comercialización masiva de productos importados. El pago de las enormes deudas externas y la aplicación a rajatabla de los dictados de los organismos internacionales de crédito imponían sucesivos ajustes económicos y propiciaban la expansión de la misma deuda externa, introduciendo a estos países en una espiral descendente en la que caían, reproduciendo mecanismos que aumentaban la velocidad de dicho descenso. Los Estados nacionales se encontraban desarticulados, gran parte de sus activos habían sido vendidos o con-

cesionados al capital privado, los entes reguladores fueron eliminados o vaciados de sentido, la burocracia estatal había sido reemplazada por el saber tecnocrático a disposición de las premisas económicas y políticas neoliberales y gran parte de los planes sociales solo se enfocaban a paliar levemente la situación de los sectores más empobrecidos de la población. En el mercado de trabajo primaban pautas flexibilizadoras de los contratos de trabajo y correlativamente arreciaban la precarización y el desempleo, a partir de lo cual los salarios estaban absolutamente deprimidos y la productividad de las empresas se asentaba entonces en el aprovechamiento de una mano de obra barata y fuertemente disciplinada. Divisiones sociales muy marcadas impregnaban cada uno de los territorios nacionales, en los cuales el desempleo y la pobreza contrastaban con el fuerte enriquecimiento de las élites económicas, favorecidas por las políticas llevadas adelante por los gobiernos por ellas controlados. Entonces, al mismo tiempo que se debía reconstituir el tejido social fuertemente desgarrado por estas inequidades, había que reconfigurar al Estado para volver a intervenir en la economía, armar desde cero una nueva base productiva y disponer mecanismos de auxilio para los sectores más desprotegidos de la población. Pero, nada de esto podía realizarse si no se lograba una base social fuertemente convencida acerca de la necesidad de que esta intervención política y económica se lleve a cabo.

Si todas las tareas antes mencionadas debían ser puestas en marcha en forma urgente, la configuración de una masa crítica de apoyo a las políticas de inter-

vención del Estado en la economía no podía esperar un minuto y debía ser encarada con prisa y sin pausa. Nada nuevo podía hacerse de no contarse con la legitimación encarnada en la voluntad de una parte importante de los habitantes de dichos países, hasta entonces asolados por la economía de mercado.

Algunos de estos mismos pueblos ya habían pasado por una experiencia en donde hubo que construir nuevos consensos sociales. La reinstalación de las democracias en determinados países de América Latina requirió el desarrollo de fuertes mecanismos discursivos y de prácticas educativas con el objetivo de generar valores que soportaran la instalación de las instituciones democráticas y luego acompañen y sustenten su consolidación. Con el tiempo, y a pesar de las falencias institucionales y políticas de las democracias latinoamericanas, ya nadie se atreve a cuestionar su existencia y continuidad. Para que esto último suceda, el horror generado por las dictaduras anteriores actuó como reaseguro de la legitimidad que alcanzaban los gobiernos democráticos. Es decir, el consenso de estos gobiernos no se asentaba tanto en sus logros sino en las experiencias personales y sociales vividas por las poblaciones en el pasado reciente. Era posible que los pueblos latinoamericanos soportasen, no sin críticas y resistencias, continuas crisis económicas y fuertes inequidades sociales pero no que las mismas fueran una excusa para volver a gobiernos dictatoriales, como sí había sucedido en otros tiempos.

Como había sucedido entre la dictadura y el retorno de la democracia, el gobierno anterior legitimaba, en parte, al gobierno siguiente. Las inequidades sociales producidas por el neoliberalismo fundamentaba la aplicación de políticas económicas contrarias a las desarrolladas durante la vigencia de ese modelo. Algo de esto pudo haber pasado en los primeros años de los nuevos gobiernos, cuando la esperanza se articulaba con un punto de partida socioeconómico ex-

tremadamente bajo e inseguro para gran parte de la población. Luego de más de una década de políticas de fuerte contenido inclusivo en lo social y económico, así como en términos de restitución de derechos a los sectores más postergados, el neoliberalismo vuelve a tener predicamento político entre una parte importante de los habitantes de algunos países latinoamericanos. Sin dudas, el recuerdo del terror dictatorial parece haber constituido un legitimante de mucho mayor peso hacia el arribo y continuidad de gobiernos democráticos posteriores que la memoria de los efectos devastadores, sobre una gran parte de la población, de las políticas neoliberales aplicadas en los noventa, para solventar la legitimidad de gobiernos que aplicaron políticas absolutamente contrastante con aquellas.

Sin querer realizar paralelismos entre las condiciones de terror generadas dictatorialmente y la realidad socioeconómica producida por el neoliberalismo, la intención es tratar de comenzar a buscar las razones por las cuales no fueron suficientemente eficaces los mecanismos resistentes a las políticas producidas bajo la economía de mercado. Es probable que, al mismo tiempo que la democracia lograba imponerse en las conciencias de la población, la libertad por ella generada tendiera a absolutizarse e incorporar al mercado como una de sus fuentes y vías de realización. Es también posible que, en los mismos términos, el deseo de bienes materiales, aun los más banales y superfluos, a partir del neoliberalismo, hayan adquirido el valor y la potencia de haberse constituido en demostración de progreso individual. Para un sector de la población, la avidez de compra libre en el mercado (fundamentalmente de productos importados) también pudo ser incorporada a parte constitutiva de su propia libertad. La distinción, individual o colectiva, producida por el acceso libre a todo tipo de productos parece no poder ser relativamente limitada, sin generar incomodidad y hasta rechazo por parte de la población.

Asimismo y observando desde otro plano, la política como ejercicio cotidiano puede ser muy atractiva y fuente de realización personal para algunas personas que, en un número no desdeñable, se transforman en sostenedores fieles de las nuevas experiencias organizativas, en el terreno político y social, de Latinoamérica. Pero no toda la población es incentivada por la participación y el debate en ese terreno. Entonces, cuando es necesario exacerbar el discurso político, para impulsar la organización de los propios partidarios y nuclear cada vez más conciencias alrededor de valores que sostengan un programa de gobierno, la parte de la población no interpelada por dicho discurso, o que no tiene interés en escucharlo o entenderlo, comienza a fastidiarse. A esto se suma la acción de los medios de comunicación que se montan sobre ese fastidio con el objetivo de reclutar voluntades a favor de alternativas que vuelvan a encaramar a la economía de mercado como la única solución posible.

De cualquier modo, y más allá de estos primeros intentos de explicación, la pregunta que sigue sería ¿Cómo pueden las experiencias de centro izquierda encontrar mecanismos que emulen la justificación democrática para poder legitimar, en un futuro, la aplicación de políticas que limiten la ferocidad del mercado, sin que las poblaciones sientan que sus derechos son vulnerados?

Sin que se trate de un solo motivo, más allá de la práctica institucional el sentido liberador que la democracia incorporaba a la vida de los individuos actuó como masa madre para el desarrollo de nuevas experiencias individuales y colectivas. Sin que el trabajo asalariado dejase de ser la principal fuente de recursos para la satisfacción de necesidades, otras alternativas independientes se sumaron y complementaron con él, como búsquedas de espacios de realización personal y como fuentes de resguardo de saberes o capacidades. Asimismo, voces que estaban calladas se

unieron colectivamente para gritar juntas sus reivindicaciones frente al poder económico, al poder político, a la justicia: los movimientos de trabajadores desocupados, los colectivos de trabajadores rurales sin tierra, los pueblos originarios reclamando los espacios territoriales y políticos que les corresponden, las mujeres reivindicando sus derechos y apelando al Estado para que los reconozca. Este es terreno ganado por la democracia y afianzado por los gobiernos populares de estos últimos años, produciendo una virtuosa conjunción que no pudo ser alcanzada en otros terrenos.

Al momento de publicar esta revista, en varios países de la región se juegan momentos clave para los gobiernos que trataron de plantear alternativas a los ajustes económicos, a la liberación del mercado y al desgace del Estado impuestos por las políticas neoliberales. No podremos saber aun si las restauraciones conservadoras lograron o no tener éxito, pero si podremos hipotetizar que cualquiera sea la alternativa política que gobierne en esta región, en varios de estos países las expresiones colectivas de resistencia existen y están dispuestas a sostener el terreno ganado.

Pensamos que, en estos tiempos, era importante dedicar esta editorial a reflexionar acerca de los derroteros posibles para los países de nuestra región y cuáles eran las alternativas que las sociedades pueden plantearse. Creemos también en la posibilidad de que esta revista sea un medio para iniciar un debate acerca de los tiempos que corren y el futuro que se avecina. En eso estamos y por ahí andaremos transitando.

Oswaldo Battistini
Director